

Algunas líneas sobre *La nueva generación intelectual...* de Omar Acha*

Comments on *La nueva generación intelectual...* by Omar Acha

Por Pablo Pérez Branda**

¿Se ha convertido el paisaje intelectual argentino en una zona inocua, costumbrosa, plagada de imposturas? ¿Deberían las nuevas camadas de intelectuales redefinirse como tales, con independencia de los datos de la cultura política donde están insertos? ¿Es realmente una pretensión de los intelectuales intervenir críticamente en la arena política? Estas preguntas surgen de la lectura de la primera parte del último libro de Omar Acha *La nueva generación intelectual. Insinuaciones y ensayos*. Su autor intenta estimular la emergencia de una nueva generación intelectual presentando el escenario que la hace posible y augurando que en ella anida un brío “socialista”, pero de corte plebeyo y cooperativo.

En este comentario haré foco en esa primera parte, fundamentalmente en algunas de las máximas que ofician de epílogo al volumen y que resumen dónde estriba hoy la cuestión intelectual para el autor. En la segunda parte del libro titulada “Tres ensayos sobre el cambio intelectual”, Acha presenta tres artículos más ligados a la profesión del historiador que del ensayista y que, de alguna manera, se ensamblan al tramo inicial por intermedio de canales de preguntas novedosas y un formato que no por histórico, deja de recoger los problemas actuales a partir de intervenciones incisivas.¹

Nota a la primera tesis

La obra, como recalca su autor, es un libro para intelectuales ya que recorre muchas de sus posibles inquietudes contemporáneas y por ende, se presenta como una útil plataforma desde donde comenzar a discutir cuál debería ser la agenda de la nueva generación y quiénes son o serían estos intelectuales renovadores. Sin embargo, el ejercicio de discusión comenzó hace ya un tiempo para quienes tenemos contacto con su trabajo: en efecto Acha inició “las hostilidades” anticipando su libro con la publicación del controvertido epílogo del volumen que consta de “Diez tesis sobre el obrar intelectual contemporáneo”.² Aquellos primeros escauceos supusieron poner a prueba las máximas *achianas*, que de la

* Acha, Omar *La nueva generación intelectual. Incitaciones y ensayos*, Buenos Aires, Herramienta, 2008.

** El autor es Profesor en Historia, becario doctoral de CONICET y miembro del Grupo de Estudios Latinoamericanos.

¹ Se trata de los artículos titulados “Grande historia e historia normal (en torno al fracaso de Groussac); “Revistas de las afueras del peronismo: Contorno e Imago Mundo entre la renovación historiográfica y el proyecto generacional”; “Las narrativas contemporáneas de la historia nacional y sus vicisitudes.”

² Acha, Omar “Diez tesis sobre el obrar intelectual contemporáneo”, en *tapera.info*, 21-3-2007.



primera a la décima, no dejan de abrir interrogantes. La primera por caso, contiene un fuerte anclaje histórico-político y marca a fuego todas las posteriores:

...la crisis Argentina de 2001-2002 quebrantó la ideología de la democracia liberal-capitalista como único y mejor continente de la coexistencia social. Conmovió el sueño progresista de 1983. Las respuestas populares a la debacle agitaron el espacio de una expansión democrática diferente. Sus efectos fueron heterogéneos y precarios. Uno de ellos concierne al quehacer intelectual. El despliegue de la crisis inauguró la posibilidad de una ruptura generacional en el ámbito de la cultura.³

Inmediatamente a la afirmación subyace la duda: ¿Fue la crisis reciente un parteaguas claramente identificable o más bien se trató de arrestos, gestos y guiños cuyos resultados aun nos cuesta percibir? En lo personal la afirmación me resulta un tanto apresurada ya que los resultados de la crisis están plagados de contradicciones. Aunque se puede considerar que hubo un reacomodamiento de viejos actores e ideas -junto a la aparición de algunos nuevos protagonistas sociales- cuyas consecuencias me cuesta mensurar en sus alcances.

Pero en la respuesta más certera reside, quizá, el nudo gordiano de las expectativas del autor. Sobre todo porque para él, la crisis supuso una parálisis en las voces y plumas que debían explicarla, y es por ello que terminan de languidecer las tres generaciones intelectuales que aun viven de los virajes de 1955, 1970 y 1983. En palabras del autor: ellas “entraron en un crepúsculo definitivo” (p. 25). Vivimos entonces una etapa de orfandad intelectual. Ya no hay padres a quienes rendirle tributo, en realidad están, pero nada o poco representan.

Omar Acha pretende alejarse también de aquellas imágenes que únicamente retratan a los intelectuales de manera convencional; es decir, aquella percepción que deja afuera a quienes no escriben libros o llenan columnas de revistas y diarios, o discuten -café y cigarrillo mediante- hasta altas horas de la noche, o bien forman parte de la cátedra universitaria. Sostiene que “probablemente el armado de una murga demande mayor esfuerzo intelectual que la escritura de un libro académico” (p. 17). El argumento requiere el reconocimiento de innumerables quehaceres intelectuales actuando mancomunadamente para construir la nueva generación de espaldas a las precedentes. Considero en este punto que Acha nos advierte contra las distorsiones provocadas por un enfoque (hasta ahora dominante) que esta demasiado centrado en los individuos excepcionales.⁴ Aquellos a los que hay que seguir o seguir; nuestros tutores obligados. Aunque todavía me cueste creer que el autor, finalmente, no nos este ha-

blando solamente a nosotros, a los que escribimos libros o pretendemos escribirlos, a quienes estamos insertos en el circuito universitarios y participamos de las cátedras, de los congresos y simposios. ¿Será quizá que la “materia prima universitaria” es menos proclive a la emergencia del cambio? ¿Estaremos nosotros tan íntimamente ligados a nuestros padres intelectuales convalecientes, que nos solidarizamos con ellos e incluso necesitamos prolongar sus vidas? Tal vez seamos, a decir de Eric Hobsbawm, “Gente poco corriente”, pero a diferencia de los “zapateros políticos” del siglo XIX retratados por el historiador inglés, nuestra característica saliente no parece ser la rebelión por inconformismo, sino, que a veces, parece todo lo contrario.⁵

Nota a la segunda tesis

La segunda tesis del epílogo rompe lanzas definitivamente con las generaciones intelectuales precedentes y marca el vacío actual en la crítica y en la creación. Como Marx, Acha busca la poesía en el futuro. Se abriría así la posibilidad de una época donde primen las “herejías eclécticas” en un tiempo en que las ortodoxias están caducas.⁶ Es en esta tesis donde taxativamente señala que “no existe la necesidad de un parricidio de la generación precedente” como ha ocurrido en otras oportunidades, ya que ésta defecionó de “su responsabilidad de producir una política de la cultura” (p. 196). También reclama un urgente examen sin concesiones de la generación de 1970 cuyo exponente emblemático sería hoy Horacio González que, frente al numéricamente amplio espacio Carta Abierta, parece dar menos sustento intelectual que crédito abierto al kirchnerismo. Si bien no está en el afán del autor discutir la “primavera” kirchnerista, tiende a mirar el fenómeno neopopulista con cierta indulgencia y, en parte -creo-, la experiencia lo contraría. Es decir, en el espacio intelectual de apoyo al oficialismo se percibe el recupero de un cierto grado de compromiso de los intelectuales con la política, independientemente de que Omar Acha considere a ese espacio como parte del pasado; casi una suerte de seguidismo crítico inconducente ya que fuera de lo retórico, se le hace muy difícil al autor diferenciar entre kirchneristas y antikirchneristas.

En este panorama de la cultura política poco halagüeño, el autor tampoco encuentra en el marxismo partidario, del tinte que fuese, demasiados estímulos. Más bien algunas rémoras de nostálgicos referentes negados al cambio y a la autocrítica. Agregaría también que en muchos casos, la situación de los exégetas de Marx, Lenin y Trotsky exige que reconozcan definitivamente la derrota que supuso la

³ Acha, Omar op. cit. p.195.

⁴ Véase Lemert, Charles “Los hábitos de los intelectuales: respuesta a Ringer”, en *Prismas. Revista de Historia intelectual*, N° 10, Buenos Aires, 2006, pp. 121-135.

⁵ Véase Hobsbawm, Eric *Gente poco corriente*, Barcelona, Crítica, 1999.

⁶ Baczkó, Bronislaw *Los imaginarios sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991, p. 25.



última dictadura militar y sus consecuencias, la caída de los socialismos realmente existentes, e inclusive se animen a impulsar una necesaria relectura del peronismo concebido ya no como una contrarrevolución implacable, sino como el gran fenómeno popular y político de los últimos sesenta años en Argentina. Es indudable, pese a ello, que para Omar Acha “el marxismo sigue siendo el gran horizonte de nuestra época”, y los setenta, hoy reivindicados por algunos sectores, están jugando más en su sentido nostálgico que ideológico, si por ideológico entendemos algo que realmente informa una práctica política, y por mitología, algo que sublima.⁷

Nota a la quinta tesis

El diagnóstico sobre la existencia de un desierto intelectual entonces, abre la puerta para el desafío de devenir en generación. La quinta tesis del epílogo de la obra se adentra en este terreno dificultoso:

...la generación intelectual contemporánea no se define por el año o la década de nacimiento. Su comunidad imaginada se establece en el horizonte de una nueva problemática cultural y política. Es recorrida por la interrogación existencial de la activación de una cultura comprometida. La nueva generación corre el peligro de la disolución si no logra coagular un proyecto colectivo. Las adscripciones a las tribus intelectuales de las viejas generaciones constituyen un obstáculo para la edificación de una praxis intelectual original. Lo concluido parasita lo naciente⁸

Aquí el derrotero se hace más nebuloso e intrigante. Sobre todo porque nos cuesta imaginarnos no formando parte de alguna tribu o no queriendo participar de alguna de las tantas que están a nuestro alcance. Al parecer existe una necesidad de creer en un proyecto ya instituido y he aquí una gran dificultad: ¿No estaremos demasiado parásitos como para intentar llevar adelante tamaña emancipación sin necesidad de “matar” a los caciques de esas tribus caducas? Creo que al menos deberíamos pensarlo. No obstante de iniciar el dificultoso camino de construirnos, debemos cuidar de no caer en la tentación de pretender erigirnos como una nueva elite, como vanguardia, que finalmente reconstituya la figura del intelectual tradicional (aquel de los libros, la barba y la pipa) pero ahora con una nueva agenda de problemas y con una “base” ampliada de seguidores. Este inconveniente elitista puede terminar extirpando el sesgo plebeyo (reivindicado por Acha) de la necesaria creación. Tendremos que ponernos a examinar cuánto hay de crítico y reflexivo, cuánto de resistencia y rebelión subyace en los directores de cine, en las murgas, en el teatro callejero y en el sin fin de expresiones que podrían intelectualizarse.

⁷ Sartre, Jean Paul (1960) *Crítica de la razón dialéctica I*, Buenos Aires, Losada, 2005, p. 17.

⁸ Acha, Omar op. cit., p.196.

Balance

La obra de Omar Acha es sumamente estimulante a raíz de que apunta a que reflexionemos sobre el opaco quietismo de la reflexión intelectual en nuestro país, que favorecería -según su hipótesis- a la emergencia de un nuevo colectivo aun difuso, soslayado, o quizá, todavía inexistente. El trabajo llama a despojarnos de la impronta de aquellas generaciones que ya nada tienen para ofrecer, a partir del intensivo buceo sobre un abanico de interrogantes y afirmaciones que el autor intenta desandar en tono ensayístico, aunque sin despojarse de la aleación académica en la que está forjado. Y es ese tono libresco el que le da definitivamente potencia a la reflexión en un ida y vuelta constante en las actuaciones y límites de las generaciones intelectuales pasadas, en sus vicios y en sus virtudes. Sin lugar a dudas este tipo de ejercicios “desprejuiciados” estimulan a que empecemos a pensar sobre el rol de los intelectuales en nuestras sociedades latinoamericanas, a que pensemos el papel que nosotros pretendemos jugar si es que nos reivindicamos como intelectuales críticos.